

El presente texto es un capítulo del libro de la autora, publicado por Ediciones Psicoanálisis y Sociedad, pudiéndose adquirirse en librerías especializadas en textos psicoanalíticos.

NIEBLA...
Camila Vidal

Calima...da lo mismo pues depende del azar, de donde proceda el viento, si del desierto o de lo no menos árido de la mar.
Frente al azar del viento, prepotencia de presencia.

“Niebla” fue el significante surgido al final de la cura para tratar de nombrar lo real. Real enlazado al goce femenino a través de la sobredeterminación del síntoma.

El pase es un intento de que esa niebla no se disipe, al igual que este escrito y todos los que le seguirán; pues solo el intento de escritura permite hacer patente lo que no puede ser dicho, lo que no puede ser leído, evocando el lugar fundamental de la ex-sistencia en cualquier realización humana, solo si uno consiente.

PRIMERO

Hacía ya un tiempo que sabía que el análisis había concluido, pero no era capaz de encontrar un punto de detención que permitiese finalizarlo. Un día le digo a mi analista:

“...ya sé que el análisis está terminado, no hay nada más que esperar, pero la verdad es que siento que hay algo de lo real que no ha sido tocado”.

“...Quizás para usted es así” respondió mi analista para mi asombro, dando por terminada la sesión.

Entiendo entonces de golpe algo que no había podido pensar en todos los años de análisis a pesar de ser algo que estaba totalmente a la vista. Tan a la vista como “...la calima” con que, con ocho años, me designa –por azar- en un lapsus el segundo hermano de mi hijo al conocerme.

Soy la tercera de cuatro hermanos. El primero es un varón al que, al nacer, el padre inscribe con el nombre de un hermano suyo y del que mi madre dijo que ella nunca hubiese elegido ese nombre. El segundo, nacido diez meses después, otro varón, es inscrito con el nombre del padre; puesto que ya que no se le había puesto al primero era lógico, según la lógica de aquel tiempo, que se hiciese con el segundo.

Al llegar yo le tocaba elegir el nombre a la madre, ya que los otros dos llevaban nombres de la familia paterna. Entonces mi madre quiere ponerme Camila, como ella; la madrina también quería que la niña llevase su nombre, así que se dijo, bueno pues no importa Camila Juana. Pero hete aquí que nací el día de San Ramón, San Ramón Nonato, que además de ser el patrón de los neonatos, es el nombre de un tío materno, hombre de reconocido prestigio por sus estudios científicos, así que la cosa quedó un poco estrambótica, Camila Juana Ramona. Pero finalmente ella me llama “Cucaracha” nombre que mis hermanos simplifican en Cuca.

Pude entender de repente que, de lo que se trataba, era de la dificultad de mi madre para ponerme un nombre.

Cuando le toca a ella ha de elegir y simplemente no puede.

Este poner-me un nombre, cae poco después cuando puedo escuchar el deseo de ella de ser incinerada en el momento de su muerte y que no hace falta que pongamos ningún nombre en la lápida, porque total:

“...ya está el de papá”.

Su dificultad no era poner un nombre a su hija, era una dificultad con el nombre mismo.

La caída del sujeto supuesto saber con ese “...hay algo de lo real que no ha sido tocado” produce, de forma casi simultánea, el atravesamiento del fantasma y la caída del Otro; al tiempo que transforma ese significante –Cucaracha- en Sinthome.

Surge entonces un axioma:

“hacerse un nombre con las insignias del Otro” y toda la historia puede ser reinterpretada.

Cucaracha ha marcado con un “hacerse aplastar” la existencia. El descubrimiento de que detrás de ese “Cucaracha” se encuentra la dificultad materna con el nombre deja vislumbrar la opacidad del deseo materno y produce la caída del Otro:

“...no era una dificultad con ella, era una dificultad de ella misma”.

Llegados a este punto “cucaracha” es lo mismo que si hubiese sido cualquier otro significante provisto de cualquier otra significación posible. Poco importa, aunque por supuesto no sea indiferentemente y dicha significación haya tenido gran importancia a lo largo de la historia.

Poco importa el sentido, porque la significación cae, ya no es necesario hacerse aplastar para sostener el síntoma, para sostener al Otro.

De lo que se trata no es de “Cucaracha” y en esa dificultad materna para nombrarme, que deriva del nombrarse ella misma, que es lo que está en la base de este significante, lo que importa es que la dificultad de nominarse de mi madre nos reenvía a un oxímoron, por un lado, nominarse con el nombre del otro, su marido y por otro no ser necesario ser sostenida por significante alguno.

Atrapar el oxímoron conlleva la caída de ese irremediable e inútil “tratar de construirse un nombre con las insignias del Otro”, que fue el “hic nunc” de mi vida.

Pero vayamos por partes; este “hacerse un nombre con las insignias del Otro” permite releer también una antigua queja:

el sentimiento de que con mi deseo solo no alcanzaba para la vida, deseo desfalleciente afirmaba, que me había hecho apelar siempre a un otro para apoyar mi deseo, para sostenerlo y cuya consecuencia era indefectiblemente el sentimiento de sentirse aplastada por el peso de ese otro bajo un significante, un “...pobre Cuca” que cerraba el círculo infernal.

Un síntoma temprano e “indescifrable” aparece entonces sobredeterminado y permite circunscribir algo del goce femenino.

Desde siempre tuve problemas para recordar los nombres propios, no solo de las personas sino también de las calles, los locales, títulos de libros, etc. Dicho síntoma me colocaba (me coloca) en situaciones muy embarazosas, en las que sentía que quedaba muy mal por no poder recordar el nombre de un autor bien conocido por mí, el título de alguna novela o el nombre de personas lo suficientemente cercanas como para que se interpretase como descuido y desinterés el olvido.

Pero es que, además dificultaba mi vida a nivel de lo cotidiano; largas explicaciones sobre la ubicación de un lugar en el que quedar con algún amigo o conocido que por resultar muy imprecisas acababan confundiéndose y dando lugar a sonados desencuentros.

El resultado de todo esto era la sensación de no enterarme de nada, no poder concretar; estar siempre en la cuerda floja.

Muy pronto renuncié a encontrar una interpretación a estos “olvidos”, pues lo masivo del síntoma descartaba cualquier tipo de interpretación al estilo del “Signorelli” freudiano, así que pasé años no haciendo otra cosa que constatarlos atribuyéndolos a ese “deseo desfalleciente” que me atribuía.

“Es como no querer someterme a algo de lo simbólico”, le dije un día a mi analista, como trayendo, sin importancia alguna, uno de los reversos del oxímoron materno, en una sesión después de relatar un desagradable incidente con alguien cercano:

“...Con lo fácil que es decir quedamos en tal cafetería de la calle tal, en lugar de esos largos rodeos... que me permiten quedar en la indeterminación, en el desencuentro. Eso de la simplicidad es para los otros, yo estoy en otra parte”.

Este permanecer en la indeterminación por fuera del goce fálico, esa falta de límite que circunscriben los nombres propios no deja mucho lugar al “deseo decidido”; ya que todo deseo fuerte y concernido es limitado, concreto.

Es así como consigo entender la idea freudiana de que las mujeres no propician la cultura, este goce femenino, ilimitado y deslocalizado no sirve para nada, no permite las realizaciones culturales puesto que estas precisan del recorte de lo fálico, una cosa después de la otra en determinado orden.

Pero lo que no es útil a la producción de la cultura tal vez sea eficaz para penetrar en el inconsciente, era lo que tenía por descubrir.

Descubrir la apertura de lo indeterminado en la debilidad mental.

Siempre quise ser psicoanalista. Nunca, desde que puedo recordar, pude concebir siquiera la idea de dedicarme a cualquier otra cosa. Psicóloga infantil decía yo hasta el encuentro temprano con los textos de Freud.

Mi madre decía de mí que era “morbosa”. Efectivamente tuve desde muy pequeña un gusto particular por la visión del sufrimiento, las catástrofes y las malformaciones corporales, hoy abundantes en mi familia; es decir, un gusto decidido por el horror.

Durante mi análisis pude descubrir que mi deseo de analista tenía que ver con esa necesidad de preguntarse por ese horror:

“...Algo de esto es el deseo de analista, pero sin el morbo dije tumbada en el diván”.

SEGUNDO

Y es que desde “siempre” también tuve el sentimiento de que algo no “andaba” para mí.

Eso que no andaba tenía que ver con una hipersexualización (voluptuosidad) del mundo, absolutamente desconocida hasta muchos años después de mi entrada en análisis. Una hipersexualización que lo fragmentaba todo y que desordenaba profundamente la realidad.

Todo lo reducía al sexo.

No es que fuese una niña especialmente sexual, todo lo contrario. Me negué obstinadamente, para disgusto de mi madre para quien la belleza era algo fundamental en la vida, durante buena parte de la mía, a encarnar cualquier cosa que tuviese que ver con el deseo del otro masculino:

arreglarse, producía en mi un rechazo radical.

Ponerse guapa,

Mi primera interpretación, o quizás habría que decir que “la interpretación”, fue que era un rechazo a “ella”, aversión a ese interés desmedido que mostraba mi madre por lo bello. Un repudio también de la feminidad en el sentido más freudiano del término, como un no aceptar el haber nacido niña; pero que el largo recorrido analítico me ha permitido cercar en un algo más allá.

Ese rechazo está relacionado con lo que llamo esa hipersexualización del mundo (voluptuosidad) que incluía un repudio de lo fálico.

Un recuerdo. Mi madre me envía a comprarme un pijama, voy con una amiga y traigo dos a casa para enseñar, uno bonito y otro claramente feo. Tanto mi madre como mi amiga me animan para que elija el bonito pero yo me empecino en querer el otro. No entrar en ese juego del tener, eso para ellas.

No se trata de gozar de la falta, goce de estar privada que decía Freud, es gozar de otra cosa, no tiene que ver con la privación, ni lleva aparejado queja o lamento alguno. Y ahí, en ese punto, lo bello sobra.

Algo del goce femenino aparece en ese sin límites de lo sexual, ante el cual el goce fálico palidece, es esa erotización general que daba a toda mi existencia un peso singular, muy alejado del sentimiento trágico de la vida que, en su vertiente más histérica, encarnaba la familia de mi madre. Esa erotización dotaba mi existencia y todos mis actos, de un peso que se traducía en una falta de ligereza, de chispa de vida que se acumulaba en mis hombros cada mañana cuando intentaba levantarme.

No era ausencia de satisfacción, que yo obtenía incluso del estudio, punto de especial condensación y que, a diferencia de la erotización fálica -que impide muchas veces, sobre todo a los varones, el poder estudiar- no me impedía en absoluto sino que me permitía una entrega decidida a los mismos, unos buenos resultados académicos y el sentimiento, absolutamente verdadero, de no poder aprender nada más que trozos inconexos sin lograr una visión de conjunto que me permitiese pensar un poco más allá de lo que estudiaba.

Funcionaba a la manera de Antígona, podía sacrificar todo en el resguardo de ese sin límites, todo era prescindible, nada valía más que otra cosa salvo ese saber encontrado en los libros tanto más valorado cuanto más desprecio mostraba mi madre por él; primero por no tenerlo y segundo por atribuírselo

siempre a unos varones que a pesar de ello o más bien por ello mismo, “no servían para nada en la vida”, en clara alusión a los hombres de su familia, que por otra parte eran muchos de ellos afamados hombres de ciencia y de leyes.

Este no servir para nada en la vida hace alusión a la enfermedad mental de algunos de ellos, quedando así la locura unida, indefectiblemente, al saber de los libros, al estudio y como interrogación sobre el deseo materno, preparando de esa manera el abono para el encuentro temprano con los textos de Freud.

Un recuerdo deshace de golpe esa hipersexualización. Con nueve o diez años una amiga de la infancia me decía que ella entre ser ciega o parálitica prefería mil veces ser parálitica. Yo me callo, por un momento, como no sabiendo bien que desgracia “elegir” pero mi pensamiento es claro:

“...cualquier cosa mejor que parálitica” ya que eso supone “...sin sexo”, tal idea se me presenta como lo peor del mundo.

¿Cómo vivir sin sexo?, por lo tanto, ciega.

Ahí apareció de golpe el valor de “lo sexual” que permitió una deserotización general y al mismo tiempo la erotización del cuerpo (algo se limita); una vez circunscrito ese goce ilimitado e irrefrenable algo de lo fálico pudo empezar a circular y tuvo efectos en la posibilidad de concreción del deseo en ciertas realizaciones.

Segundo oxímoron. Lo fálico empieza a limitar algo por un lado y por otro, continuar en ese plus de fragmentación ciega por la “niebla”.

Varios sueños, en los que aparezco ciega, propician una caída del deseo prendido de la mirada. Son sueños que anuncian el final de análisis pero, me pregunto cómo finalizar en ese punto de caída del deseo y me sitúo aún a la espera de una recuperación imposible. Finalmente, lo que aparece es algo más descarnado.

La inhibición, que había aparecido como lo más insoportable del síntoma, aparece en esta coyuntura como condición de goce que protege frente al horror (goce y defensa contra el mismo). Cómo decir las preferencias, como formular un quiero esto o lo otro, es que si lo digo ya no me sirve, ya no resulta excitante,

ya no sirve para el goce.

Protege frente al horror en tres puntos precisos:

1º) Horror de lo descarnado de la sexualidad.

2º) Horror frente al goce materno, que su deseo va por su cuenta, que no tiene que ver conmigo.

3º) Y, por último, como tercer punto, como analista. Horror del acto, pues es que no se trata de curación.

Hay una dificultad para desalojar ese goce de la situación analítica. Hacerlo aparecer como saber supone el desalojo de la inhibición; perder la inocencia, presentarse como pudiendo soportar eso, ese goce ilimitado y que no ordena nada, en definitiva, que no se trata de la curación.

Se producen entonces una serie de sueños de angustia que ponen de manifiesto la dificultad de la separación y finalmente dos sueños que preludian el final.

Primer sueño:

Estoy sentada en una cama rodeada de cucarachas, quiero bajarme pero no puedo porque si me bajo pisaría las cucarachas y si las piso hacen “CRAC”.

“...¿Y que es crac?” pregunta la analista.

“...Un ruido”.

Fin de la sesión.

Segundo sueño:

Estoy en la estación del metro en París para regresar a casa luego de las sesiones de análisis. Tengo que mirar los mapas para ver por donde tengo que ir pero, a pesar de que todo está igual y reconozco el francés de los mapas y las indicaciones, todo es diferente. Puedo leer, pero no consigo entender los carteles, ni interpretar los mapas. Todo es igual pero ya nada es lo mismo: ¡¡¡...imposible volver!!!

Un umbral se ha traspasado, no hay vuelta atrás, es un punto de sin retorno que

incluye como el anterior el sinsentido.

La intervención de la analista es, a mi modo de ver, crucial no tanto para la finalización de la cura, que efectivamente estaba concluida, sino para el pase de analizante a analista y esto en varios sentidos:

En primer lugar, separa la caída del SsS de la persona del analista.

Hay en la afirmación de que hay algo de lo real que no ha sido tocado un reproche, aún, a la falta de saber del analista (usted no me ha conducido hasta allí). Pero la interpretación, quizás para usted es así, remite a la caída de la suposición de saber misma, produciendo un verdadero agujero en el saber; hay algo de lo real que no puede ser tocado, ciertamente.

Al mismo tiempo que sitúa la pelota en el campo del analizante: usted verá que hace con eso, remitiendo a ese paso a dar, solo si uno lo quiere, digamos que está en juego lo que uno va a hacer con eso que ha sido su análisis.

El análisis podría haberse detenido ahí con la caída del analista como SsS, es lo que sucede muchas veces y de hecho es un final y no habría sido poco, tanto en lo que respecta al beneficio terapéutico como a la ganancia de saber.

No obstante, la interpretación que funciona a modo de equívoco fundamental, deja abierta la posibilidad de un paso más, introduciendo el “no todo” permitiendo resignificar buena parte de la historia y dando un giro al análisis mismo.

Es algo así como: para cada uno es de una manera diferente, no hay un final para todos; es una forma de introducir el “no todo” pero sin la defensa, un “no todo” diferente que *permite consentir a lo simbólico sin subsumirse en la lógica del todo*, resguardando el no todo, pero sin la defensa con la que yo había tratado de sostenerlo durante toda la vida desde la posición de objeción, de no sometimiento “no querer someterme a algo de lo no-simbólico” y ... hace aparecer la niebla.

Toda la cuestión de la sexualización del mundo, del olvido de los nombres con la carga de indefinición, de no enterarme, por fuera de lo fálico, sin límites, sin puntos de corte, remite al goce femenino y permite otra lectura muy diferente

de la problemática con la madre, entendida hasta ese momento como rechazo de la feminidad (odio por haberla traído niña).

Efectivamente lo que yo llamaba deseo desfalleciente, ese deseo que no alcanza no es falta de deseo. Lo que dificultaba el deseo, su realización, es toda la cuestión de lo ilimitado, la falta de concreción, la indefinición permanente, deslocalizado, sin puntos de corte. Esto es lo que no deja lugar al deseo decidido pues éste es limitado, precisa del corte.

Podríamos decir más bien que lo que hay, como verdadero problema, es una falta de firmeza frente a lo real; es el paso a dar.

Hacerse un nombre con las insignias del otro, es otra forma de defenderse frente a eso, frente a lo real del sin nombre, del Otro que no existe, haciendo existir “Cucaracha”.

Esto es lo que cae, no hace falta hacer existir “Cucaracha” pues eso está ahí incluye lo real del otro materno y esta caída permite posicionarse de otra manera frente a ese real, sin defenderse tanto.

También el análisis había participado de esa especie de indefinición, sin grandes cortes, también como un continuo, presidido por ese goce que solo cede al final.

El significante niebla surge ahí para nombrar lo real, lo real es esa niebla misma que lejos de desaparecer lo que hace es mostrarse.

El pase es un intento de que esa niebla no se disipe, ya que es lo que permite salir de la indefinición. Intento de preservar algo de ese real que tiende constantemente a lo contrario de la insistencia del sentido que siempre vuelve, intento de un nuevo anudamiento de que algo de eso tan valioso encontrado no se pierda.

Lo difícil es hacer permanecer la niebla, mantener a raya el sentido.

La niebla garantiza el no todo, es el goce que falta y que uno ya sabe que no está en el Otro, ya no ha de ir a buscarlo en el otro porque está ahí del lado del Uno pero no es más que “niebla”.

Sueño post analítico:

Tengo un bonito trabajo preparado para presentar, estoy contenta porque creo que me ha quedado muy bien. Hay un atril con micrófono tapado con una cortina, Me pongo a leerlo, pero me salen sonidos descoordinados, como balbuceos, trato de volver a empezar pero es inútil, los sonidos son inconexos, yo leo pero sale algo irreconocible. Me despierto sin angustia como con perplejidad.

También para hablar es necesario el recorte, articular fonemas supone también recortar, delimitar, parar. Escriba lo que escriba y por bien que lo haga, ese sinsentido del la,la,la no desaparece.

TERCERO

Deseo del analista:

Como sujetos, podríamos decir, no somos mortales, es únicamente al descubrirse como el objeto que uno fue para el Otro que la muerte toma su consistencia, permitiendo una temporalidad diferente que propicia la realización del deseo.

El final de análisis permite poner en evidencia, en la contingencia de mi nacimiento y en el hecho de que le tocara a mi madre ponerme el nombre, la imposibilidad de ella para elegirlo poniendo de manifiesto esa dificultad materna para nombrar como un real propio de la madre y al mismo tiempo como reseñaba anteriormente, la paradoja que no hay significativo que pueda nominar lo real del sujeto.

Esto permite, lejos de las lamentaciones y de los reproches sostenidos en las significaciones diversas que el sobrenombre de “Cucaracha” sostuvo durante todo el análisis, poder vislumbrar el objeto que había sido para el Otro materno. La significación de “cucaracha” cae y el goce queda del lado del sujeto.

El sujeto se inventa un Otro y correlativamente un deseo para ese Otro, para escapar del horror que supone saberse objeto de goce. Es el atravesamiento de este horror, esta posición de desecho, la que luego sirve para que el analista pueda situarse ahí, como objeto para el paciente, porque sabe que fue un objeto para el Otro.

El deseo del analista prendido de ese “morbosa”, finalmente aparece con la

niebla; ese real mismo que ya no está en el Otro, está ahí pero perdido y que permite al analista no ir a buscarlo en el analizante sino dejar ese lugar vacío. La cuestión es cómo mantenerlo ahí, que la niebla no se disipe.

El deseo de ser psicoanalista se presenta, generalmente, como un deseo de curar, de reparar, de arreglar aquello que la madre no pudo -furor sanandis, decía Freud. Uno quiere ser psicoanalista para hacer por el otro algo mejor de lo que hicieron por él mismo. Es así como Lacan nombra los deseos de famosos psicoanalistas de su época: un deseo de maternaje –está dicho por Lacan refiriéndose sobre Winnicott, Klein, etc.

Pero el deseo de ser psicoanalista no solo no es lo mismo que el deseo del analista, sino que es únicamente desprendiéndose del primero -lo que únicamente ocurre cuando se ha podido constatar la inexistencia del Otro- que uno puede acceder al segundo.

El deseo del analista, como reverso de la posición de saber del psicoanalista, es algo inédito en el mundo.

¿Qué quiere decir inédito?

Inédito quiere decir que no es algo que se pueda encontrar en la propia historia, a diferencia del deseo de ser psicoanalista.

Si decimos que el analista presenta un deseo inédito en el mundo es porque éste no existe fuera del dispositivo y, a diferencia del deseo inconsciente, no es particular sino que hace su aparición con el análisis mismo. Es lo que resulta y se puede poner en funcionamiento una vez que el recorrido de la cura ha desembarazado al sujeto de su creencia en el Otro, haciéndolo responsable de su propio goce, tanto de aquel que está como del que falta, fundamentalmente del que falta podíamos decir, ya que es lo que permitirá no situar al “paciente” como objeto en la búsqueda de ese goce que falta, sino dejar ese lugar vacío permitiendo así al analizante encontrarse con ese deseo inédito, en el que por primera vez no será tomado como cuerpo.

Este deseo, al no estar inscrito en el inconsciente del sujeto, ni en su historia, no porta ninguna marca personal.

Se nos plantea entonces una paradoja o un tercer oxímoron. Decíamos que es únicamente desprendiéndose del deseo de ser psicoanalista que uno puede acceder al deseo de analista; es decir sólo se puede sostener el deseo del analista una vez que uno se “ha curado” de su deseo de ser psicoanalista.

El deseo del analista no se sostiene en ningún “querer” sino en una posición ética que implica un “no retroceder”, no retroceder frente al camino recorrido, aceptar que, a pesar de ya “no querer” ser psicoanalista no hay vuelta atrás posible, el tiempo inexorablemente ha pasado y se constituye como una imposición que el sujeto se autoimpone, “uno tiene que ganarse la vida, ya no sabe hacerlo de otra manera que ejerciendo de psicoanalista y por momentos, logrando no disipar la niebla, siendo analista”.

Como ya dije, desde siempre quise ser psicoanalista pero hoy puedo decir que ahora sí, puedo imaginarme haciendo otras cosas y que, si tuviese “otra vida” que por supuesto no tengo, podría satisfacerme de muy diferentes maneras. Hoy mi elección, sin duda forzada como todas las elecciones, es más libre a pesar de continuar eligiendo lo mismo.

Deuda impagable con el psicoanálisis mismo.